



II Simposio Misionero

La Misión de Dios en un mundo roto

Ponencias:



www.ompvzla.com



@omp_venezuela

#DOMUND2023



Simposio Misionero 2023

La Misión de Dios en un mundo roto

Ponencias

Coordinación:

Pbro. Ricardo Guillén
Director Nacional de las OMP

Edición y Diagramación:

Equipo de las OMP de Venezuela



Una publicación del Centro de Formación Misionera de las
Obras Misionales Pontificias de Venezuela.

Índice

Palabras de Bienvenida	4
P. Ricardo Guillén, Director Nacional de Obras Misionales Pontificias de Venezuela.	
Los desafíos de la Misión Hoy. Dios viene también en el desaliento.....	7
P. Manuel Zapata SJ	
El encuentro con Jesús una vida en Plenitud.....	16
Hna. Rosana Herrera, SDS	
Testigo de encuentro y servicio.....	22
Testimonio de Peggy Vivas. Laica misionera.	

Palabras de presentación del Simposio Misionero 2023

¡Buenos días!

Permítanme saludarlos en nombre de las Obras Misionales Pontificias y darles la más calurosa bienvenida, a este **III Simposio Misionero organizado por nuestro Centro de Formación**. Nos reunimos en el marco de la celebración del octubre misionero que cada año nos invita a reflexionar sobre la identidad misionera de cada bautizado y de toda la Iglesia, para dejar arder el corazón y poner los pies en camino, como reza el lema del Domund 2023.

Todos estamos de acuerdo que el ADN de la Iglesia es constitutivamente misionero. Sin embargo, los contextos en los cuales la Iglesia cumple la tarea evangelizadora confiada por su Señor, son cambiantes, dinámicos y continuamente desafiantes. Hace algunos días, el Santo Padre al responder a las dudas presentadas por cinco cardenales, sobre la afirmación de que la Revelación Divina debe reinterpretarse en función de los cambios culturales y antropológicos en boga, respondió: *“Los cambios culturales y los nuevos desafíos de la historia no modifican la Revelación, pero sí pueden estimularnos a explicitar mejor algunos aspectos de su desbordante riqueza*

que siempre ofrece más” (...) *“Por ello la Iglesia debe discernir constantemente entre aquello que es esencial para la salvación y aquello que es secundario o está conectado menos directamente con este objetivo”.*

El criterio entonces es claro para el Santo Padre, se trata de la salvación integral del hombre y lo tendrá que ser cada vez más también para toda la Iglesia, porque lo es para nuestro Señor, como lo expresó en su encuentro con Zaqueo: “Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10). Jesús entró en la casa del pecador Zaqueo, sin asco ni prejuicios, lo amó a pesar de su condición de pecador público, con misericordia lo llevó a entender su miseria y lo reincorporó a la comunidad, una vez que él reconoció su injusticia y se comprometió a reparar el mal ocasionado.

La cercanía a toda condición humana, la inclusión de todos, la misericordia y la reconciliación son caminos a recorrer para reparar “el mundo roto” de los corazones humanos, de las historias de frustración y dolor, de las ideologías que enferman, matan y piensan por el pueblo, “el mundo roto” de las sociedades en conflicto, del paradigma tecnocrático

que excluye y degrada al ser humano, de los países en guerra.

Es ese el tema de este III Simposio: **“La misión de Dios en un mundo roto”**. Y hay que reconocer que algunas veces podemos tener la tentación que asaltó a la pequeña Mafalda, quien ante la imagen de un globo terráqueo que giraba a gran velocidad, afirmó, con su peculiar sabiduría: “Paren el mundo que quiero me bajar”. Pero bien sabemos, que, aunque esa tentación toque nuestra puerta ante las premuras humanas y pastorales, nuestro lugar es el mundo, en el cual nuestro Señor ha levantado su tienda y nos ha enviado a dar frutos abundantes.

Con toda seguridad los conferencistas invitados nos ayudarán a entender

dónde están las grietas de este mundo que pareciera hacer agua por todas partes y cómo dar nuestra contribución para “reparar el mundo” a través de la reconciliación de los opuestos, pero sobre todo la reconciliación con Dios, como nos invita el apóstol Pablo en nombre de Cristo: **“Déjense reconciliar con Dios”**.

Pidamos al Espíritu Santo que las reflexiones que escuchemos aviven en nosotros el compromiso de ser embajadores de la reconciliación para que este mundo se asemeje cada vez más al mundo que en el acto creador “Dios miró (...), y vio que era muy bueno» (Gn 1,31).

¡Muchas gracias!

Pbro. Ricardo Guillén
Director Nacional de Obras Misionales
Pontificias de Venezuela



P. Manuel Zapata, SJ

Jesuita venezolano, nacido en Cumaná. Es Licenciado en Sociología (Universidad de Oriente), Bachiller en Teología (ITER), y licenciado en Teología (UCAB). También tiene un Diploma en Gerencia Social Ignaciana (Universidad Javeriana y la Federación Internacional de Fe y Alegría). Ha ocupado varios puestos, entre los cuales Asistente del Coordinador del Apostolado Social de la Compañía de Jesús en Venezuela, y Director adjunto del Servicio Jesuita a Refugiados Venezuela. Ha sido profesor en varias instituciones y ha enseñado cursos como Realidad Social y Política de Venezuela e Introducción a la Metodología de la Investigación Social.



Hna. Rosana Herrera, SDS

Religiosa de la Congregación del Santísimo Sacramento. Es Licenciada en Educación Matemática, mención informática, Magister en Gerencia Educacional y Teología Bíblica. Vivió una experiencia misionera en el desierto de Calama, Chile, una zona de mineros donde hay muchos inmigrantes, donde acompañó a los pobladores e hizo catequesis. Después, regresó a Caracas a prepararse para sus votos perpetuos y continuó su proceso de formación. Actualmente es la directora del Colegio Paulo VI ubicado en la cota 905 y continúa su misión de acompañamiento y enseñanza siempre llena de esperanza.



Laica Misionera Peggy Vivas

Peggy Vivas nació en Maracaibo, estado Zulia. Se formó en el ideal misionero con los Hermanos Maristas, donde aprendió a servir a los demás. Es psicóloga de profesión y se ha dedicado, en su ejercicio profesional, a la atención de niñas y niños con necesidades educativas especiales. Desde el año 1999 ha sido misionera *Ad gentes* en la Amazonía, tanto en Venezuela como fuera de ella. Hoy apoya, desde su vocación laical misionera, al Vicariato Apostólico de Caroní.

Desafíos de la Misión hoy: Dios viene también en el desaliento

P. Manuel Zapata, SJ

Preámbulo

En primer lugar, quiero dar gracias por la invitación de compartir con ustedes algunas reflexiones en este inicio del mes de las misiones. Ser misionero ha sido mi gran sueño de toda la vida. Al principio, siendo joven, soñaba con ir al África como misionero para ayudar a la gente. Años más tarde, luego de haber ingresado a la Compañía de Jesús, ya con estudios en Sociología, y siendo testigo de la destrucción de Venezuela, he llegado a comprender que “África está aquí”. Aquí es donde Dios me necesita y es aquí donde Dios me ha llamado a desarrollar mi labor misionera. Parte de lo que hoy quiero compartir en este espacio es el modo como he ido asumiendo la misión.

Debo decir que cuando leí el lema de este simposio, “La misión de Dios en un mundo roto”, me pareció muy sugerente y me hizo recordar el acercamiento de la Compañía de Jesús a este término. La Congregación General 36 ya advertía en 1995 que: “Vivimos en un mundo roto, donde la gente tiene necesidad de salvación integral, cuya fuerza viene a fin de cuentas de Dios” (CG 34: 174). Ese mundo es “un mundo crecientemente dividido por el nivel económico y social,

las razas y las etnias, la violencia y la guerra, el pluralismo cultural y religioso”. (Ibíd.). En el caso venezolano, las relaciones políticas y sociales polarizadas y polarizantes se han encargado de romper en mil pedazos nuestro mundo de relaciones conviviales y ha logrado el desmantelamiento de la institucionalidad democrática, la destrucción del estado de derecho y el progresivo aumento de violaciones sistemáticas de los derechos humanos.

Mundo roto y sanación

Un mundo roto es un mundo que necesita sanación. El pueblo judío también vivió en un mundo roto por la dominación del Imperio Romano y las distintas formas de exclusión social experimentadas desde la religión. Para los discípulos de Jesús las heridas producidas por la dominación política romana y el control de las autoridades religiosas se ensancharon con el asesinato de Jesús. Quedaron devastados, con una sensación de hondo fracaso y sinsentido, se aislaron y perdieron la esperanza. Esto les impidió construir un significado común compartido y avanzar hacia adelante.

El episodio de los discípulos de Emaús (Lc. 24,13-35) nos puede ilustrar un poco más sobre esta experiencia.

La primera cuestión que llama la atención en el texto es **el símbolo del camino**. Todo pasa en el camino. En el camino se desarrolla una conversación entre los dos discípulos; en el camino se les aparece Jesús; en el camino los discípulos cuentan todo lo que les pasó; es en el camino que invitan a Jesús a permanecer con ellos; luego de que Jesús desaparece, ellos se ponen en camino de nuevo hacia Jerusalén para contarles a sus compañeros lo que había ocurrido. En el recorrido, Jesús camina con ellos, va a su lado; por eso es capaz de sentir lo que ellos sienten y darles esperanza.

El segundo elemento es **el diálogo**. Es Jesús quién tiene la iniciativa, se acerca y abre la conversación con una pregunta: ¿de qué van hablando ustedes por el camino? Ellos responden, apesadumbrados y tristes, pero también asombrados, con otra pregunta: ¿eres el único que no sabe lo que ha pasado estos días? Jesús vuelve a preguntar: ¿qué ha pasado? El diálogo ayuda a que los discípulos de Emaús elaboren el duelo, saquen de su interior todo el dolor que experimentan con la condena, crucifixión y muerte de Jesús. Expresan honda tristeza, frustración y decepción y vuelven derrotados a sus casas. En el diálogo Jesús los interpela y los saca de sí mismos y los invita a realizar un éxodo interior, ayudándoles a hacer una

relectura de la experiencia de muerte y el camino de salvación dibujado en él.

El tercer aspecto es **la Eucaristía**, lugar donde Dios se revela haciéndose alimento para los demás, especialmente para los afligidos, los sufrientes, los necesitados. Esa es la experiencia de los discípulos de Emaús: Jesús se les revela vivo justamente en medio del sufrimiento, en el desaliento. Y se revela en la mesa compartida, en el momento de partir el pan. Ahí, se les abren los ojos y ellos lo reconocen. Es en el encuentro, en la acogida, en el gesto solidario del compartir la comida, donde Dios se revela.

En un cuarto momento, acontece **el discernimiento de las mociones del Espíritu**. La experiencia de la Eucaristía fue clave para esto. Estaban ciegos y ahora ven. La Palabra les había encendido el corazón y la Eucaristía les permite descubrir que era el mismo Dios quien les hablaba durante el camino. Por eso llegan a decir: ¿Acaso no nos ardía el corazón cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Los discípulos experimentan un tránsito: de no saber quién era Jesús a reconocerlo, de estar ciegos a ver, de la oscuridad a la luz, de la tristeza a la alegría.

Finalmente, **los discípulos se hacen misioneros**, se convierten en anunciadores del Dios vivo ante los apóstoles: El crucificado está vivo, ha resucitado y se nos ha aparecido.

La experiencia de estar con el Señor les hace sentirse acompañados y les ayuda re-significar toda la tragedia experimentada, a construir una nueva narrativa de fe (el kerigma) que deben comunicar a los demás. Esta narrativa dibuja un nuevo horizonte que es común para quienes tienen fe en la resurrección del Señor.

La situación que atraviesa el pueblo venezolano se parece al momento de oscuridad que experimentaron los discípulos de Emaús. Fue un día oscuro que devino en una noche clara. Aquí las similitudes son interesantes porque también nosotros, nadando en el mar de la abundancia, con un petróleo a precios exorbitantes, entramos en un día oscuro que generó la corrupción más grande de la historia de Venezuela, inició el deterioro de las instituciones públicas y el progresivo desmantelamiento del estado de derecho (con la consecuente violación sistemática de derechos humanos), destruyó la economía productiva nacional y rompió en mil pedazos la narrativa que unía a los venezolanos (hoy hay dos versiones o varias sobre la independencia, sobre la democracia o sobre nuestra propia identidad) a través de una fuerte polarización sociopolítica que ha devenido en una importante fractura del tejido social y en expresiones de odio y resentimientos mayúsculos que no podrán ser curados sino se hace un proceso de reconocimiento del sufrimiento infligido por el propio

Estado y los actores en el poder durante estelargo período dominado por el régimen chavista-madurista.

Estamos en un día oscuro, pero podemos transitar hacia una noche luminosa (de hecho, podemos hablar ya de destellos de esa noche luminosa en tantas experiencias existentes en el país: en personas y en comunidades, en procesos productivos y en formas de organización social, etc.). Sin embargo, falta mucho por llegar a la experiencia que vieron los discípulos de Emaús al reconocer al Señor que caminaba junto a ellos. La desazón, la tristeza, la desesperanza acompañan nuestra vida ordinaria. En este sentido, urge abrirse al Señor, escucharlo en medio de nuestro sufrimiento para reconocerlo y desde esa vivencia construir un nuevo significado, una nueva narrativa común, que permita retejer el mundo roto en que vivimos. La fe es la clave para emprender este camino de encuentro y comunión como venezolanos y la Iglesia, en su carácter misionero, está llamada a contribuir con esto para que se comiencen a animar procesos de reparación social y de reconstrucción del tejido social promovidos desde la fe. Ya de hecho la Iglesia viene haciendo esto en algunas comunidades del país, pero no es un sentir común bien sea porque no sabemos cómo hacerlo, bien porque pensamos que eso no tiene que ver con la Iglesia o simplemente porque estas cosas nos abruma.

Los desafíos para una Iglesia misionera en el contexto venezolano actual

Deseo mencionar tres desafíos que tiene la Iglesia en el contexto descrito:

1. La oración

En su homilía de apertura al Sínodo de la Sinodalidad, el papa Francisco ha dicho que la principal tarea del Sínodo es “volver a poner a Dios en el centro de nuestra mirada” y que “en el diálogo sinodal... podemos crecer en la unidad y en la amistad con el Señor... para convertirnos, usando una bella expresión de san Pablo VI, en una Iglesia que «se hace coloquio» (Carta enc. *Ecclesiam suam*, n. 34)”.

En ambas expresiones “volver a poner a Dios en el centro” y “crecer en la unidad y en la amistad con el Señor” hay una clara referencia a la experiencia del Espíritu a la que se accede solamente a través de la oración. Y es que no es posible ser una Iglesia “*que ve a la humanidad con misericordia... que escucha y dialoga; ...que bendice y anima, que ayuda a quienes buscan al Señor, que sacude... a los indiferentes, que pone en marcha itinerarios para instruir a las personas en la belleza de la fe*” (Ibid.), sino es primero una Iglesia que ora y discierne, una Iglesia

que “contempla la acción de Dios” en la realidad “y discierne el presente”; una Iglesia que “en medio de las olas a veces agitada de nuestro tiempo, no se desanima, no busca escapatorias ideológicas, no se atrinchera en convicciones adquiridas, no cede a soluciones cómodas, no deja que el mundo le dicte su agenda” (Idem.). Una Iglesia así es una Iglesia orante porque nadie puede vivir con esa libertad de la que habla el Papa si no está abierta a la voz del espíritu; si no ora.

Armando Rojas Guardia habla de la oración como experiencia intransferible y como un éxodo espiritual que ayuda a salir de “*la cárcel de las convenciones sociales, los roles asignados, de las mentiras públicas, de las respuestas fáciles, de las instituciones consagradas que mantienen preso al hombre en la infancia espiritual*” (2006: 24).

Según Rojas, la oración ayuda a superar el fariseísmo existente en la Iglesia, aquel convertido en:

“Máquina doctrinal que tiene todas las respuestas posibles a todas las posibles preguntas. Uno introduce la pregunta, y al instante aquella máquina sapiente elabora la respuesta infalible que pretende calmar fatuamente la sed, el bochorno, la vergüenza que emana del vacío, de las regiones postreras –y tantas veces atroces– de la conciencia” (Ibid.: 21).

Se trata de una muerte del Espíritu, con la que hay que luchar, y a la que hay superar, si queremos ser verdaderos cristianos que obran según el Espíritu y son capaces de salir de sí mismos para ir a donde el Espíritu quiera llevarlos. La oración supone una actitud dialogante, en la que Dios, que es Palabra, me interpela y me hace trascender mis propias convicciones y búsquedas. En la oración es Dios quién tiene la iniciativa, me interpela y se me revela como absolutamente Otro, “una exterioridad absoluta” e “inmanipulable”, que se autocomunica gratuitamente.

No podremos ayudar a curar el mundo, sino escuchamos a Dios y secundamos su Espíritu. Es la oración la que nos llevará a lugares donde Dios nos envíe: a las periferias, a los descartados y desechados de la sociedad. Nos dice Rojas Guardia:

“Ni el templo ni el culto son los lugares de acceso a la divinidad... Para el cristianismo, a Dios se lo encuentra sólo y siempre en los lugares periféricos y marginales, aquéllos que más nos obligan a salir en éxodo hacia las verdaderas afueras del Yo, hacia la intemperie ética que es la acogida radical del Otro...: el pobre, el pecador, el hereje, el impuro cúltico, el desheredado, el huérfano, el enemigo...” (Ibíd.: 82).

2. La vivencia de la eclesialidad plena

De la oración, como éxodo de nosotros mismos, pasamos a la Iglesia en salida y misionera. La oración no puede quedar encerrada en nosotros mismos, tiene que convertirse en impulso misionero. Nuestras iglesias siguen estando centradas todavía en el culto y la liturgia. Es una Iglesia autorreferencial, que solo busca la propia conservación y no se arriesga a la novedad. Es una Iglesia cómoda que ve la relación con el mundo como contaminación. La Iglesia a la que nos está convocando el papa Francisco es la Iglesia que entiende que “la salvación se da en la historia, no fuera de ella, y toca todas las dimensiones de lo humano. De ahí la necesidad, inherente a la propia misión de la Iglesia, de contribuir con los procesos de transformación y mejoramiento de las condiciones de vida en este mundo” (Luciani, 2018: 390).

Para Rafael Luciani, la eclesiología del Pueblo de Dios nos ubica frente a esta Iglesia misionera y en salida, la cual “responde a una soteriología histórica y relacional, a un modo de salvar de Dios que no se adecua a la visión de una religión privada e intrascendente, sin conexión con lo real y nutrida solo de su expresión litúrgica” (Ibíd.: 391) porque en expresión de la Lumen Gentium: “quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente, sin ninguna mutua conexión, sino constituirlos en un Pueblo»

(LG, 9). “Ser una Iglesia en salida, dejar a un lado la introversión eclesial. Esto requiere una conversión pastoral. Pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (Aparecida, 370). Con esta conversión pastoral se rompería la lógica instalada en la mente de muchos cristianos de que la Iglesia es un mercado donde la gente va a comprar sacramentos y no ven los sacramentos como regalos en el camino del crecimiento en la fe.

En un mundo de aumento creciente de la exclusión social, en que la pertenencia de las personas a la sociedad queda afectada, pues quedan fuera de esta (EG, 53), es necesario que la Iglesia trabaje por la inclusión social del Pueblo como eje de su orientación social. Para Francisco, «ser Iglesia es ser Pueblo de Dios» (EG, 114) y caminar como Pueblo de Dios.

Las referencias al Pueblo de Dios en el Magisterio de Francisco, según Luciani, son variadas: “El pueblo-pobre, el descartado y excluido de los canales de participación sociopolítica y el bienestar económico. El pueblo-nación, que expresa un proyecto común y una identidad sociocultural por construir. Y el pueblo-fiel, los creyentes, quienes desde su fe y sus valores cargan con los padecimientos cotidianos” (Luciani, 2021). Y el pueblo-herido, “que identifica la acción política con el samaritano que acoge y sirve al herido” (Luciani, 2020).

La tarea de servir al Pueblo de Dios supone, al menos, dos caminos complementarios: la sinodalidad como forma de ser y hacer de la Iglesia y la necesidad de una gran alianza que impulse los cambios que el mundo requiere a través del Pacto Educativo Global. Esto exige, al mismo tiempo, una Iglesia unida.

3. Una Iglesia misionera unida que discierne los signos de los tiempos

Una Iglesia misionera unida está llamada a discernir los signos de los tiempos para contribuir con los cambios que la sociedad requiere para que haya más justicia y fraternidad. En el momento actual que vivimos en Venezuela, hay tres procesos urgentes que demandan una actuación estratégica de la Iglesia en su misión de sanar heridas y colaborar con la convivencia pacífica: la reconstrucción del tejido social, la reparación social y la reconciliación. Impulsar y acompañar estos procesos, desde la fe, es una tarea urgente.

La *reconstrucción del tejido social* atiende al restañamiento de los vínculos sociales, la recuperación de la confianza y el capital social necesarios para que sea posible la convivialidad y el desarrollo de una existencia querida por todos, donde se respete la vida y las personas se sientan seguras y libres. Pero hay que empezar por reconstruir la persona en su

dignidad, sus valores más profundos y su proyecto existencial. Cuando la persona está reconstruida pueden iniciarse los procesos de reconstrucción familiar, comunitaria, intercomunitaria y desde ahí a otros niveles sociales y políticos. A partir de la experiencia de la fe, la Iglesia puede colaborar con la reconstrucción del tejido social, acompañando caminos de sanación personal y animando el fomento del sentido de pueblo, que trabaja por la fraternidad con la mirada puesta en Dios como padre de todos.

La *reparación social* apunta a la obligación que tiene el Estado de resarcir a las víctimas por los daños causados durante el largo conflicto político de las últimas décadas. Esta reparación puede ser a través de compensaciones económicas, reconocimiento por parte del Estado de las violaciones cometidas contra la población, esclarecimiento de la verdad, sanciones contra los perpetradores, rehabilitaciones físicas, conmemoraciones simbólicas, entre otras. La Iglesia tiene mucho que aportar en los ámbitos del esclarecimiento de la verdad y las conmemoraciones simbólicas a través de la construcción de memoria de las víctimas y la creación de símbolos y significados que permiten gestionar traumas, cambiar percepciones y construir narrativas desde la espiritualidad.

La reconciliación es un proceso muy propio de la Iglesia, pero es complejo. Supone distintos niveles (personal,

familiar, social y político) y dimensiones (ética, espiritual, estética, afectiva, etc.) e implica la verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición y el manejo de una temporalidad impredecible. En su misión de reconciliar a los desavenidos y de coadyuvar en el restablecimiento de relaciones justas, la Iglesia tiene que promover programas que permitan curar las heridas personales al tiempo que se van generando las condiciones legales para el mutuo respeto, la sana convivencia y la comunión de intereses.

Lograr este camino requiere un horizonte común de trabajo y el decidido esfuerzo de ser una Iglesia buena samaritana.

Algunas reflexiones finales

Salir del día oscuro y entrar en la noche luminosa requiere de una confianza plena en Jesús y de una capacidad para discernir su voz en medio de las distintas voces, algunas buenas, que transitan por doquier.

El camino de Emaús nos ayuda a resituar nuestra misión desde las claves del camino, que implica movimiento (éxodo), el diálogo, necesario para dejarnos interpelar, el reconocimiento de los signos donde Jesús se revela, el discernimiento de las mociones y el anuncio.

Una misión del tipo que nos proponemos necesita de una conciencia de pueblo porque no nos salvamos solos sino

en comunidad. Y la Iglesia tiene que promover esta conciencia poniendo al servicio del país todos sus haberes y su estructura organizativa, actuando como un solo cuerpo para la misión en clave sinodal.

Trabajar por la reparación social, la reconstrucción y la reconciliación es una labor en la que la Iglesia puede jugar un papel importante, pero se requiere una estrategia común para contribuir con procesos sanadores.

En su homilía el papa Francisco dijo que san Francisco de Asís también se enfrentó a “grandes luchas y divisiones entre el poder temporal y el religioso, entre la Iglesia institucional y las corrientes heréticas, entre cristianos y otros creyentes...” sin embargo, él respondió a estas situaciones “con la humildad y la unidad, la oración y la caridad”, cuando el crucifijo le dijo: “Francisco, vete y repara mi casa” (Ibíd.). Asumamos también nosotros esta tarea.

Bibliografía

Concilio Vaticano II (1975). Lumen Gentium. Biblioteca de Autores Cristianos: Madrid.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (2007). Documento Conclusivo. San Pablo: Bogotá.

Congregación General 34 de la Compañía de Jesús (1995): Decretos de la Congregación General 34. Ediciones Mensajero y Editorial Sal Terrae: Bilbao – Santander.

Francisco (octubre 04, 2023); Homilía durante la Santa Misa con los nuevos cardenales y el Colegio Cardenalicio en la Apertura de la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la Sinodalidad. Disponible en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2023/documents/20231004-omelia-nuovi-cardinali.html>

Francisco (noviembre 24, 2013). Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Disponible en: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

Luciani, R. (mayo 14, 2021) «Recuperar a Venezuela»: el llamado de Francisco a la unidad operativa. Disponible en: <https://www.revistasic.gumilla.org/2021/recuperar-a-venezuela-el-llamado-de-francisco-a-la-unidad-operativa/>

Luciani, R. (noviembre 3, 2020): Claves para leer Fratelli Tutti desde la eclesiología sociocultural de Francisco (III). Disponible en: <https://www.revistasic.gumilla.org/2020/claves-para-leer-fratelli-tutti-desde-la-eclesiologia-sociocultural-de-francisco-iii/>

Luciani, R. (junio, 2018): La centralidad del pueblo en la teología sociocultural del Papa Francisco. En: Concilium. Revista Internacional de Teología, 376: 387-400.

Pablo VI (agosto 6, 1964). Carta Encíclica «Ecclesiam suam». Disponible en: https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_06081964_ecclesiam.html

Rojas-Guardia, A. (2006): El dios de la intemperie. En: Obra completa. Ensayo. Ediciones El otro el mismo – Editorial Equinoccio: Caracas.

El encuentro con Jesús, una vida en plenitud

Hna. Rosana Herrera, SDS

Cuando me llamaron para invitarme a hablar especialmente de la Eucaristía, y muy agradecida, porque es mi carisma y ya eso pues ya es ganancia, me dijeron que iba a hablar sobre “el encuentro de Jesús en la Eucaristía, en un mundo roto”.

Cuando recibí el material para ver el tema completo y el lema que caracteriza el simposio, decía Corazón ardientes pies en camino, y me ardió el corazón. ¿Y ustedes saben porque me ardió el corazón? Porque mi trabajo de grado para la maestría en Biblia fue el pasaje bíblico de los discípulos de Emaús. Y este es un texto que marca muy bien mi carisma: Palabra-Eucaristía.

Partiendo del texto de Emaús, quisiera centrarme en cuatro momentos:

1. *Jesús se acerca y sale al encuentro de los dos discípulos que dejan Jerusalén para dirigirse a la aldea de Emaús (cf. Lc 24,13-35)*

En este diálogo, a lo largo del camino, los discípulos hablan de lo que les ha ocurrido hasta ese momento: las esperanzas que tenían puestas en Jesús el Nazareno y su trágico destino en Jerusalén. También

recuerdan las experiencias de las mujeres junto al sepulcro vacío y la visita sin éxito de algunos discípulos (24,13-24). Están destrozados, están tristes, rotos, desechos. También nosotros nos encontramos en el camino con muchas personas que viven momentos difíciles y de desesperanza...

Y esto nos recuerda la historia de mucha de nuestra gente en nuestro país. Y yo tal vez en algunos momentos pueda decir mucho, porque es mi última experiencia de la gente de nuestros sectores populares. Yo estoy en la cota 905 y la verdad que hay muchos corazones rotos, muchas vidas destrozadas, hay muchas personas tristes y en este primer aspecto yo quisiera enmarcarlo en la historia.

Es un momento donde los discípulos comparten su historia. También nosotros cuando nos encontramos con Jesús, lo primero que hacemos es contarle nuestra historia. Y es que a veces cuando nos preguntan: ¿Y qué hago delante del Santísimo? Cuéntale tu historia, es tu amigo, háblale de ti, no hay mucho que inventar, no tiene que haber mucha fórmula. Es la historia, tu historia.

2. *Les explica las Escrituras*

Luego el misterioso caminante toma la palabra para demostrar que el Mesías tenía que entrar en la gloria a través del sufrimiento, les explica las escrituras. Y sucede el encuentro con Jesús en la Palabra.

Nosotros, como misioneros, estamos llamados a llevar la Palabra, a explicar la Escritura. No se puede ir nadie que haya tenido contacto con nosotros en una misión sin que nosotros le hayamos regalado una palabra, aunque sea un “Dios te ama”. A veces están tan huecas y tan vacía nuestras conversaciones en este mundo roto.

Nosotros no podemos ir a misionar y dejar a la gente igual, triste, desesperanzada, apagada. ¡No! Hay que encenderle el corazón a la gente y no con nuestras palabras, sino con la Palabra de Jesús.

3. *Parte para ellos el Pan*

Sentados en la mesa en donde Jesús es reconocido por los discípulos al realizar el gesto ritual de la fracción del pan (cf. Lc 22,19s), pero al mismo tiempo desaparece de su lado (24, 28-32) y a ellos se le abren los ojos.

Nosotros también tenemos que ser como misioneros, signos de esta fracción del pan, porque cuando nosotros salimos a misionar nos partimos y nos repartimos a los demás. A ellos se les abrieron los

ojos, se le iluminó el corazón y se dieron cuenta de quién era el que estaba con ellos.

La Eucaristía les recuerda aquel momento de la última Cena donde parte el pan y lo reparte también. Esa es la invitación para nosotros: dejar que nuestros ojos se abran a la luz de la Eucaristía. Cuántas eucaristías vamos, tal vez diariamente, o en las posibilidades que tenemos y no pasa nada. Y el corazón sale igual o peor.

4. *El retorno a la comunidad*

Comienza entonces la vuelta atrás: los discípulos regresan a Jerusalén, en donde se encuentran con los Once reunidos y reciben la noticia de que el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón (cf. Lc 24,33-35).

Nosotros somos enviados a la comunidad. No nos podemos quedar con vivir la Palabra, con saborear la Eucaristía, experimentar la vivencia de la Eucaristía y dejarla para nosotros, es para compartirla y entregarla a los demás. Por eso, es importante la experiencia.

En esta narración de Emaús vemos que los discípulos, como nosotros, han oído hablar del Resucitado, es que caminaban con el Resucitado y por lo tanto esa era la experiencia que ellos iban a transmitir. Pero una cosa muy distinta es haberlo visto encontrarse con él, y otra muy distinta es que nosotros creamos que está allí, que nos hemos encontrado con Él.

¡Cuántas veces, a veces dudamos si Jesús está o no está allí? ¿Y por qué digo que dudamos! Porque a lo mejor las consecuencias o los frutos de nuestra vida no reflejan lo que creemos, que Jesús está allí. A veces en nuestras iglesias, en nuestras parroquias, vemos cuántas irreverencias ante Jesús Eucaristía. A lo mejor más reverencias ante la imagen de un santo de la Virgen, porque en realidad pareciera que no creemos que allí está.

Nuestro itinerario

En la narración de Emaús, vemos lo siguiente: Estos dos discípulos, como nosotros han oído hablar del Resucitado, pero no lo han “visto”, son conducidos a encontrarle, en el camino por el que van, a través de la Palabra y del Pan. Como vemos, éste es también nuestro itinerario hoy, cualquiera que sea nuestra experiencia religiosa en torno a la resurrección, todavía queda mucha distancia entre escuchar y experimentar, entre entrever algo sobre la resurrección y experimentar al Señor resucitado. Como vemos, saber no es un ver, por eso, cuánta ciencia en nuestros días, y también cuánta ceguera.

Todo esto nosotros, hoy, no lo aprendemos sino escuchando las Escrituras. Muchas veces escuchamos la Palabra y puede estar ardiendo nuestro corazón sin darnos cuenta. Sin comprender del todo lo que hemos entendido, no nos damos cuenta de que en cierto sentido arde nuestro

corazón, de que esos interrogantes y esas inquietudes que afloran desde lo más profundo de nosotros es obra de la Palabra interpelante; por eso necesitamos de ese momento de la “fracción del pan”.

En Emaús el huésped invita a compartir la mesa, se convierte en el huésped que da de comer, que ofrece el pan. En este momento los ojos de los dos discípulos se abren, pero no ya para ver con los ojos corporales, sino con los de la fe que les permiten comprender y captar la presencia de Jesús en el momento en que desaparece. Para nosotros hoy, esto es esclarecedor, pues vemos con claridad que la relación que se establece con el Resucitado no pertenece al orden sensible, si no al orden de la audición de la Palabra y de la comida sacramental.

Testigos de la resurrección

Los dos vuelven a Jerusalén a comunicar a la comunidad el descubrimiento que acaban de hacer. Habían dejado la ciudad, se habían puesto en camino probablemente abandonando la comunidad, a sus hermanos; pero retornan a ella. Un signo unificador del ser testigos lo descubrimos en el tema del camino (los dos) y del encuentro (la comunidad).

La Eucaristía siempre recordará la muerte y la resurrección; además, un día recordará el nacimiento, otro la transfiguración, otro la venida de los

magos, otro el bautismo...”. Si la Eucaristía es la celebración de la muerte de Jesús, también lo es de la esperanza que se refiere a la acción del Padre, que volvió a “poner en pie” a Jesús.

Esta esperanza, con la dimensión de confianza y de alegría que le es propia, es la que les permite a los cristianos seguir la trayectoria histórica de Jesús. Esperanza que, por otra parte, se hace realidad a través de las liberaciones parciales que viven los seres humanos. Es importante, pues, que en la Eucaristía las comunidades cristianas se acuerden de estas liberaciones y las festejen como prenda y garantía de su resurrección.

En la Eucaristía, no vivimos sólo del pasado, sino que vivimos otro tanto del futuro. El Señor que ha venido tiene que venir. Nuestra cita con Dios no es sólo en el pasado, sino también en el presente y en el futuro.

El recuerdo de Jesús -en la Eucaristía- es dinámico, da impulso a una Iglesia que ha tomado contacto con su Señor y que debe manifestar en la existencia ordinaria lo que el mismo Jesús vivió en la tierra: el amor a Dios, que es el fundamento del amor entre los hombres. Por eso insistimos en que la celebración es memoria del Jesús resucitado, que es quien nos impulsa mediante la fuerza de su Espíritu a comprometernos con lo que él se comprometió: el Reino de Dios, la transformación progresiva del mundo en que vivimos.

Creemos necesario profundizar en las distintas maneras en la que Jesús con su pedagogía trata de darnos a conocer el mensaje de su Evangelio, para que lo experimentemos vivo entre nosotros, asumiendo su presencia constante y renovadora en nuestro quehacer cotidiano. Y a su vez para que lo testimoniemos desde el pan compartido expresado en el sacramento eucarístico. Jesús nos amó hasta el extremo, dice san Juan.

Catequesis de la Experiencia para los hombres y mujeres de hoy

Por último, el relato de los discípulos de Emaús, señala una experiencia de fe que nos conecta con nuestra propia vida, especialmente si se tiene en cuenta una pedagogía de la fe, desarrollada por el mismo Jesús para que el discípulo recupere su fe y sienta arder su corazón para anunciarlo como Resucitado. De ahí la necesidad de considerar este relato como una propuesta que desde la teología de la acción y desde la pedagogía de la fe, con el ejercicio orante de la Biblia, nos tiene que llevar a una experiencia viva y experiencial de la presencia de Jesús en la Palabra, la fracción del pan y la acción de Espíritu vivificador que hace arder el corazón y entender el misterio.

Las teorías a veces son teoría, solo se vuelven verdad cuando las tenemos en práctica. San Juan Pablo II nos dice en su Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*,

número 6: “Con la presente Carta encíclica, deseo suscitar este «asombro» eucarístico”, de tal manera que me puedo preguntar: cómo suscitar ese asombro eucarístico en mí, qué significa Jesús Sacramentado en mí y cómo lo vivo.

La Eucaristía es la escuela de los afectos, dice J. Castillo (Eucaristía y Afectividad, 2018). Ella me enseña a amar y perdonar, como Jesús; a entregarme y servir como Él, a no ser autorreferencial, sino Cristo referencial, salir de mí para ir al pobre, al excluido, al oprimido, ser el rostro misericordioso y compasivo del Padre, llenarme de paz y armonía, integrar mi fe con la vida.

En pocas palabras, la experiencia eucarística es una experiencia de amor y el amor tiene el poder de transformar lo intransformable, de mover lo inamovible, de alcanzar lo inalcanzable, de revivir lo que está muerto, porque así es el amor. Pero a veces no nos dejamos afectar. Ese es el resultado de una vida espiritual monótona, ritualista, convencional, instalada, de rezos y de siempre se ha hecho así. Jesús no se cansa de llamar a nuestra puerta y nos va transformando silenciosamente. Solo pide que lo escuchemos.

Mons. Juan Bautista Castro afirma, en su Segunda Conferencia Eucarística (1906), que “el Cuerpo del Señor que está en la Hostia, no es un cuerpo muerto: es el Cuerpo que ilumina con sus resplandores la Ciudad eterna, como

la vio el apóstol San Juan: es el Cuerpo de Jesucristo, sentado a la diestra del Padre, en la plenitud de la gloria de su resurrección, gozando de la inmortalidad que conquistó con su sangre y con su muerte.

El Cuerpo del divino Salvador, unido a su alma y a su divinidad, está en la Santa Hostia lo mismo que en el Cáliz, allí permanece real, verdadera y personalmente Jesucristo, todo entero, como permanece en el trono de su gloria. Es el Dios triunfador: el Dios que derrama sus beneficios sobre la humanidad redimida: el Dios que regocija y perdona; que salva a las almas que aprovechan los beneficios y las gracias de su Redención. Allí está, amados hijos, en el Santísimo Sacramento; allí palpita su Sangre, aquella Sangre que derramó por nosotros en la Cruz. Allí está su corazón que se estremece a impulsos de su ardiente amor, allí está contando los momentos durante los cuales espera con los brazos abiertos al pobre pecador, allí está invitando con invitación misteriosa, que se escucha en el reposo del alma, a todos los que corren lejos de El por los caminos del vicio y de los extravíos que forman la deshonor de la pobre humanidad”.

Jesús Eucaristía nos invita todos los días a sentarnos a su mesa... cuando me siento a la mesa con otros, afirmo en mi ser más profundo que estoy de acuerdo en continuar la vida. La Eucaristía, según el compendio del catecismo de la Iglesia,

es “el sacrificio mismo del Cuerpo y de la Sangre del Señor Jesús, que Él instituyó para perpetuar en los siglos, hasta su segunda venida, el sacrificio de la Cruz, confiando así a la Iglesia el memorial de su Muerte y Resurrección. Es signo de unidad, vínculo de caridad y banquete pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la vida eterna”.

A mí me gustó mucho cuando en unos años me invitó la Infancia Misionera a participar con el grupo que nosotros tenemos en la Congregación. Se llama Movimiento Eucarístico Infantil. Yo les dije: “Bueno, mira, son del Movimiento Eucarístico Infantil, pero podemos ir Infancia Misionera, así que queremos que vayan a hacer el chispazo de amor”. Y el chispazo de amor es un momento de adoración con los niños. Yo me copié ese nombre y bueno, hago esa jornada siempre en mi colegio del chispazo de amor.

Y que más que hacer la oración ante Jesús en el sagrario o Jesús expuesto de darle ese tiempo de nuestra vida a Jesús, de entregarle todo, todo lo que somos, todo lo que tenemos, para que nuestra misión tenga los frutos del Espíritu. Cuando una misión, ustedes ven que los frutos son, que ya usted no puede sostenerlos, porque eso va desde el Espíritu, cuando esa misión no está dando mucho fruto, porque estás apareciendo mucho tú, apártate para que Él aparezca. Y haz un poquito más de oración, para que veas que el Señor no se deja ganar en generosidad.

Que Dios les bendiga. El Espíritu Santo asista a este trabajo de las misiones, a cualquier lugar donde vayamos, el trabajo que hacemos, lo que damos y que aparezca él y desaparezcamos nosotros.

Testigos de encuentro y servicio

Peggy Vivas, misionera laica marista

¡Un fraternal saludo a todos! Agradecida con Obras Misionales Pontificias por permitirme compartir mi experiencia en este territorio, que es salida de venezolanos hacia el territorio brasileño o suramericano. Es un territorio de paso.

Me presento: mi nombre es Peggy Vivas, soy laica misionera marista vinculada al carisma marista. Me encuentro por esta parte de Venezuela, en Santa Elena de Uairén, desde hace seis años y medio. Inicialmente trabajando con el Vicariato Apostólico de Caroní y ahora en un proyecto de salud con comunidades indígenas.

Comienzo compartiendo el contexto de este territorio en el que me encuentro. En cuanto a migración, a partir del año más o menos 2014, comenzaron a venir los Waraos, nuestros hermanos indígenas del Delta Amacuro. Vinieron muchísimos en familia, principalmente se asentaron al inicio en Pacaraima, y luego fueron adentrándose más hacia Brasil por Boa Vista, Manaos, Belém de Pará, incluso llegando a la frontera, a otras fronteras, frontera con la Guyana Francesa, frontera también con otros países. Ellos fueron los iniciadores de este corredor.

Después vinieron otras personas, especialmente al inicio jóvenes, hombres

y fuerza laboral, buscando mejores condiciones para traerse a la familia. Pasado un tiempo, se trajeron a sus familiares algunos de esos jóvenes. Muchos jóvenes que salieron, no tenían incluso los estudios universitarios culminados. Se atrevieron, se lanzaron a la aventura de irse a otro país sin culminar sus carreras, aunque estaban estudiando en las universidades.

Luego ya empezó a cambiar y la gente que comenzó a pasar por este territorio es más vulnerable, más empobrecida, con menos oportunidades de estudio y familia. Familias con niños, sobre todo en la época de la pandemia, gente caminando, abuelitos, abuelitas, personas con discapacidad. Entonces las últimas personas que han ido saliendo en esta parte han sido muy vulnerables y vulnerizadas.

La circunscripción eclesiástica al norte de Brasil, sobre todo en la parte de la diócesis de Roraima, que es la que corresponde, les ha brindado su mano amiga, empezando por el padre Jesús López, párroco de Pacaraima, más o menos en los años 2016-17. Un poco más adelante, él empezó a organizar la sociedad civil para ofrecerles algo a los Waraos que estaban en la calle, que no tenían las condiciones.

Se habilitó un abrigo con ayuda de las autoridades, la Policía Federal y ACNUR. Ese abrigo fue llevado por el gobierno brasileño. Esta parte quisiera destacar la acción de la Iglesia brasileña en la circunscripción eclesiástica de la diócesis de Roraima, al frente de Monseñor María Antonio, que era el obispo encargado, mientras Monseñor Felipe González lo hacía aquí en Venezuela, en el Vicariato Apostólico de Caroní. Ellos, pues, junto con Marton, Mario, Antonio, varias religiosas, religiosos, sacerdotes, hicieron una labor encomiable en favor de los venezolanos que estaban de paso o que se quedaron allí en Boa Vista.

El padre Jesús López intentó ofrecer en un inicio a los Waraos, que eran los que mayormente estaban en unas condiciones bastante deplorables, lo mejor en alimentos, un lugar digno e, incluso, también posibilidades a los niños de estudiar. Él abrió una escuelita para los Waraos organizada por maestros Waraos, donde también se hablaba la lengua warao, español y portugués. Gracias a él también se hicieron movimientos para que la documentación se hiciera desde aquí, desde Pacaraima, sin tener que trasladarse a Boa Vista. Se abrieron los refugios, un refugio para los Waraos, una casa de abrigo con comida para los Waraos.

Además, la hermana Valdez, scalabriniana, junto con don Mario, Antonio y otras personas, idearon un proyecto de Cáritas

Roraima y lo llevaron adelante en favor de los venezolanos, con documentación, alimentación y otra serie de necesidades. Destacar también la labor de los jesuitas, con su Servicio para Migrantes, que, junto con la Pastoral Universitaria, inicialmente hicieron una labor de facilitar la documentación en Boa Vista. El padre Johnny Wilson Braga estaba al frente y, en definitiva, la hermana Telma también con lo de los derechos humanos. De verdad que brindaron protección y atención en las necesidades en una época bien importante.

La hermana Telma está hoy en brazos del Señor, lamentablemente por motivo de covid-19 ya no está con nosotros. Pero de verdad que dejó una gran enseñanza, una gran humanidad de atención a nuestros connacionales. La verdad que ha sido bien importante la labor de la Iglesia, junto con Monseñor Felipe, por lo menos en la atención espiritual, pues esa parte también fue alimentada con las misas dominicales en español.

En un momento han pasado también compartiendo y conociendo la realidad. Un poco qué se puede hacer, pues los padres de la Consolata local, Juan Carlos, él entonces y otros padres, también han servido de enlace y de conocimiento de la realidad. Una de las cosas que decían los Waraos era que necesitaban esa atención espiritual, y todo eso lo han recibido de los misioneros del Delta Amacuro.

Hay una acción súper especial que quiero destacar, la de las Hermanas de San José de Brasil, un grupo de tres hermanas que tienen varias acciones, una de ellas diferentes cursos de emprendimiento de portugués, para dar fuerza a esos venezolanos y venezolanas que pasan por allí. Han realizado algunas empresas, algunos emprendimientos, por ejemplo una panadería que tiene otra sucursal para ayudar a los venezolanos a que tengan un trabajo digno.

Y hay una casa de abrigo, casa de acogida San José; esa es dirigida por la hermana Ana María. En los otros emprendimientos acompaña la hermana Graça y otra hermana. Con estas ayudas, pues, buscan que los venezolanos en la casa de abrigo, por ejemplo, sobre todo mujeres con sus hijas e hijos, puedan tener una buena acogida: donde dormir, lavar su ropa, alimentarse tres veces al día, visitas médicas una vez a la semana, orientación pedagógica a los niños en las tardes; yo suelo ir semanalmente desde hace algunos meses para apoyar esta labor.

Las mujeres que van haciendo ese peregrinar, algunas vienen acompañadas de sus esposos, ellos por supuesto tienen que buscar otro lugar, porque allí solo se permiten mujeres, niñas, niños. Otras vienen acompañadas de su hermana, mamá; generalmente van acompañadas, son muy pocas las que van solas con sus hijos o totalmente solas.

Entonces, en la casa de abrigo tenemos ese compartir de experiencias durante la espera, porque están revisando documentación o porque están esperando ese programa que los llevan a otro lugar de Brasil, generalmente el centro o el sur, donde tienen más posibilidades de trabajo y donde también les organizan, por lo menos durante los primeros meses, dónde poder estar, dónde poder vivir y hay alguna acción.

También quise hacer una acción con los adolescentes, pero es más complicado. Ellos no se animan a las actividades, tienen como poca motivación para compartir. Reunirse con ellos es más difícil, pero los niños y las niñas siempre están ahí, entonces ellos sí se suman. Llamamos a los adolescentes, pero aparecen las niñas y los niños, pero igual se hacen actividades, sobre todo lúdicas, que ayudan un poco a desestresarse, que ayuda.

El juego es importante en la vida del niño. Con juegos aprendemos, y alguna actividad de colorear no sea que les ayuden como a desconectar por un momento con esa realidad dura que están viviendo y que les permitan también el disfrute. El reírse, el relajarse en general en la acción con las mujeres. Y en este tiempo que he tenido aquí, no siempre encontrándonos con los migrantes, con experiencias, con personas.

¿Con quién me he encontrado? Bueno, primero venezolanos que vienen del

oriente del país y especialmente de San Félix, El Tigre, Maturín, Anzoátegui, Sucre, Delta Amacuro. Muchísimos, sobre todo los Waraos, de Ciudad Bolívar y estado Monagas. ¿Y por qué vienen los venezolanos? ¿Por qué pasan esta frontera? Unos van de tránsito, van a encontrarse con sus familiares o mejores condiciones de vida al sur de Latinoamérica.

Otros buscan en Brasil mejor sueldo, mejor salario, mejores oportunidades de trabajo para el sustento de su familia. Buscan oportunidades en salud, porque están enfermos, porque requieren de exámenes especializados, de tratamientos.

También buscan una calidad educativa para sus hijos e hijas, no solamente del lado oriental y del norte del país. Hay muchos de aquí de Santa Elena, muchas personas que inscriben a sus hijos e hijas en la escuela de Pacaraima porque hay una mejor educación, buscan seguridad.

Recuerdo una persona de Valencia, me decía que ellos vivían allá encerrados con miedo cuando sus hijos salían a la calle. Temían mucho por la vida, por la seguridad de sus hijos y no hay comparación con aquí en Boa Vista. Estábamos en la plaza de las Aguas, estábamos en una actividad pública y los muchachos andaban. ¿Sus hijos andaban cerca? No, pero andaban libremente. Decía: No, no hay, no hay comparación con Venezuela, allí donde estaba en Valencia; aquí mis hijos están

tranquilamente y yo estoy tranquilo, porque sé que ellos están bien. Entonces principalmente esos son los motivos.

Luego, otros afirman que la realidad no es como la pintan; hay gente que los invita a ir a Brasil porque ahí tendrán mejores condiciones, porque iban a conseguir todo. Ciertamente que ofrecen oportunidades de transporte e incluso hay algunos programas sociales, sobre todo para personas de la tercera edad, madres o las madres con hijos; pero las condiciones no son las mejores. Hay gente que sí consigue estar en los abrigos, pero hay gente que no, que están todo el día en la calle. A veces no tienen que comer, no tienen con qué alimentar a sus hijos.

Aunque hay algunos programas del gobierno donde pasan la noche, les dan cena y desayuno. Sin embargo, tienen que pasar el día en la calle. Las esperas son largas. Hay personas que esperan tres meses o más, incluso hay personas que se devuelven. En estos días apoyamos a una madre con tres niños, uno de cuatro años, otro de dos años y otro de un año.

El de un año tenía desnutrición, le convulsionó por fiebre, tenían que realizarle tomografía, una serie de cosas. El niño no come la comida de Brasil porque esa es otra, la comida de Brasil es un tanto diferente y hay personas que no la toleran. Los niños, sobre todo. Entonces esa madre decidió devolverse. El esposo está en Boa Vista, pero no conseguía

trabajo, no tenía un lugar donde ella poder estar y sus hijos. Entonces decidió regresar a su casa con su mamá.

También hay venezolanos que van y vienen, unos porque van a llevar cosas a su familia. Recuerdo de uno que tenía una sonrisa de oreja a oreja, dijo que al principio coloquialmente pasó “roncha”, pero después consiguió trabajo y pudo regresar y llevarle algunas cositas a sus hijos. Pero hay otros que no, que se devuelven. Se vuelven propensos a enfermedades.

Otra cosa es que hay amenazas como la trata de personas, la trata de niños, niñas. Hay una historia también de una persona que estuvo en el abrigo, que alguien le ofreció ayuda y pues la encerraron, la golpearon y la robaron. Afortunadamente gracias a una mujer ella pudo comunicarse con su hermana y esa hermana se movió y lograron ubicarla. Lo importante de mantenerse comunicados con los familiares, para que cualquier cosa ellos puedan accionar gracias a la Policía Federal.

Entonces, hay una serie de situaciones que no corresponden con los beneficios que otros le cuentan y sufren algunas cosas. Súper interesante lo que pueden desarrollar las personas en este tránsito, en este pasar, sobre todo si hay un nuevo país que no se habla la lengua. Situaciones como ansiedad, miedo, desesperanza, a veces desesperación, irritabilidad, reacciones violentas, en

ocasiones ataques, a veces al estómago, problemas de salud, se enferman más fácilmente. Sin embargo, no se quedan ahí, luchan y desarrollan capacidades nuevas que desconocían. Se vuelven independientes, tienen metas, se fijan metas. Todo es con el propósito de crear mejores condiciones para su familia.

Y sin embargo es una prueba realmente dura, pero las personas pueden desarrollar y desarrollan mucha creatividad, mucho coraje, enfrentan la situación con mucho espíritu realmente de solidaridad, de ayudarse unos a otros, el yo sí puedo.

Como seguidores de Cristo, ¿qué podemos ofrecer. El papa Francisco habla de cuatro verbos, cuatro acciones: acoger, proteger, promover e integrar. Yo diría también la escucha activa, la escucha con todo nuestro ser, volvernos todo orejas, incluso a escuchar lo que no hablan, escucharlos con empatía, tratando de sentir eso que ellos sienten, y que esa escucha sea sin juicio.

Podemos hacer juicios de ¡Ah, pero es que por qué te fuiste así con tu familia y tu niño pequeño y la abuela? Pero nosotros no estamos en su situación. Los juicios están de más y los van a hacer sentir peor. Una escucha atendiendo y entendiendo un poco su situación, pero también en la libertad de los hijos de Dios. Y en esa libertad recordar que ellos toman las decisiones, no nosotros. Por ello a veces podemos decirle: tú lo que tienes que hacer es esto y esto para que te vaya mejor.

¿Qué podemos ofrecer? Mejores condiciones, ofrecer alimentos y si es posible ofrecer un abrigo como están haciendo las Hermanas de San José, pero también información, que se cuiden. Algunas herramientas ofrezco yo para poder superar esos miedos, esa ansiedad, para poderlos manejar y que ellos vayan pensando el propósito de estar por ahí, el propósito al llegar, que van a ser que vayan ayudándoles a organizarse, pero en definitiva ellos toman las decisiones.

Otra cosa importante es ayudarles, hablarles sobre las amenazas, darles información sobre lo que puede ocurrir. Por ejemplo, esto de la trata de personas que no es visible, pero que está presente, y cómo ellos se pueden cuidar y cómo ellos pueden enseñarles a sus hijos a cuidarse también. En definitiva, puedes ser otro Cristo, como los trataría Jesús con tanto cariño.

Atendiendo a la persona que son, sin juzgar y aceptándolos como son, ofreciéndoles lo que puedan, lo mejor. En este inicio de mes misionero, pues, les hago una invitación a que ustedes puedan desde donde estén, no

necesitamos estar en fronteras para ayudar a los migrantes. Seguramente muchos tenemos familiares fuera que podamos dar alguna palabra de aliento, de ánimo, así sea en la distancia, a través de vía telefónica de las redes sociales, que podamos tener alguna acción, si es posible, con personas que están de paso, que podamos ser ese Cristo hoy que es una caricia, que es una palabra amigable, de ayuda, que es una mano que se extiende, que acepta al migrante con todo lo que tiene y que le da alguna ayuda.

Nosotros, gracias a la ayuda de CONVER disponemos de algún fondo pequeño en el que ayudamos a traslados, vamos algunas veces al terminal. Esto es una acción que acabamos de empezar y llevamos alguna comida para los que se quedan. El otro día estaba una mamá con sus dos hijas y el papá. Otro día estaba la mamá con solo un hijo. Entonces podemos ayudar a las personas de alguna manera. Y, bueno, que el Señor nos bendiga a todos y nos ayude a hacer esos otros cristos para quienes nos necesiten. Un abrazo fuerte a todos.